

El río Ebro y los iberos en las fuentes antiguas

Por NURIA SUREDA CARRIÓN

Si deseamos conocer el origen del mundo ibérico, primeramente es necesario determinar a quiénes llamaban «iberos» los autores antiguos. Prescindimos de la teoría de Dionisio de Halicarnaso,¹ que sostiene que iberos, ausones y ligures eran «el mismo pueblo», explicando esta afirmación la existencia remota de un gran imperio ibero-líbico-ligur que dominó ambas Hesperias, las islas y la costa africana, porque nos llevaría demasiado lejos en el tiempo — al imperio de los atlantes — y a una serie de problemas muy complejos que habrá que estudiar algún día; pues no debemos olvidar que esta «relación» señalada ya por Helánico

(siglo v a. de J. C.) fue seguida también por Tucídides y Filisto el Siracusano, quienes consideraban a los sicanos como «ibéricos» que habían emigrado a Sicilia a través de Italia. Incluso Estrabón (VI, 2, 4) nos transmite la opinión de Ephoro sobre los iberos «el primer pueblo que se estableció en Sicilia».²

Vamos a estudiar únicamente el espacio que ocupaban los iberos en época que podemos llamar plenamente histórica. Aunque muchas de las noticias recogidas por los autores más antiguos han llegado a nosotros a través de recopiladores más recientes, en nuestra opinión ello no disminuye su valor.³

1. Tratamos este tema en varios trabajos: 1) *Tartessos y el tesoro de Villena*, en *Murgetana*, n.º XXXVI, Acad. Alfonso X el Sabio, C. S. I. C., Murcia, 1971; también, *Tartessos visto por Bosch Gimpera*, en *Murgetana*, n.º XXXVIII, Murcia, 1972, y en la comunicación presentada en Huelva en 1973, bajo el título *Interpretación de las fuentes antiguas. Importancia de la evolución geográfico-histórica*, Actas del XIII Congreso Arqueológico Nacional, Zaragoza, 1975.

2. Tenemos un dato curioso mucho más moderno: Ibn Jaldún («Noticia sobre los godos») parece que cita a los iberos — «que habían poblado Al-Andalus desde antes del Diluvio» — como «hermanos» de los atlantes. El traductor escribe: «No he podido identificar este pueblo (los atlantes), podrían ser los Celtas o quizás, aventurándonos más, los Atlantes», dice. Realmente, la palabra árabe utilizada parece indicar esto último. Véase OSWALDO A. MACHADO, *La Historia de los godos según Ibn Jaldún*, en Cuadernos de H.^a de España, I y II, Buenos Aires, 1944, pág. 149.

3. Un factor que hay que tener en cuenta, como posible transmisor de datos sobre Iberia son los mercenarios. Es interesante ver que la mitología interviene en las más antiguas citas sobre los monarcas tartesios (HESÍODO, *Teogon.*, 290): no creemos que se deba únicamente al traslado hacia Occidente de los antiguos mitos en época tardía. Diodoro (V, 17) nos transmite la noticia sobre los habitantes de las Baleares, que no querían monedas de plata y oro «e incluso tienen absolutamente prohibido introducirlas en la isla» alegando como motivo la guerra entre Heracles y Gerión, hijo de Crisaor. Por ello —dice Diodoro— en tiempos de las expediciones militares «que antiguamente realizaron junto a los cartagineses» no traían los salarios de vuelta a su patria, sino que gastaban toda su paga en adquirir vino y mujeres. ¿Qué explicación tiene el elemento mitológico tan enraizado en el pueblo, posiblemente ya hacia el 480 a. de J. C.? Debemos recordar que en Sicilia, a partir del 480 antes de J. C. por lo menos, participaron en las contiendas —unas veces al servicio de los cartagineses y otras al de los griegos— muchos mercenarios hispanos. Los textos han sido estudiados por Bosch Gimpera y García y Bellido.

La primera designación «directa» de Iberia y sus habitantes los iberos, según García y Bellido,⁴ aparece en el propio texto de Herodoto (I, 163 y VII, 165). Hacia el 420 a. de J. C., para Herodoto

Que los igietes se identifiquen con los que Avieno (*Ora Mar.*, v. 302) llama «ileates» nos ha llamado la atención por el hecho de que este nombre podría guardar relación con tantos otros que se conocen



Fig. 1. — Gráfico del litoral mediterráneo: recoge la zona de mayor tráfico marítimo antiguo y en él se han encontrado importantes restos arqueológicos.

(Frag. *Hist. Graec.*, I, 215, 502) los cinetes, gletes, tartesios, elbisinos, mastienos y cilbicenos eran todos «iberos», un mismo pueblo con distintas tribus. Los igietes y tartesios plantean algunos problemas debido a su vinculación a los iberos, pues actualmente se sitúan más allá del Estrecho de Gibraltar, donde más tarde no aparecen los iberos. Esteban de Bizancio,⁵ que cita su fuente expresamente, recoge que Theopompo (siglo IV a. de J. C.) «decía» que los gletes constituyen un pueblo que vive en la vecindad de los tartesios.

en el sudeste de nuestra península: por ejemplo, Ilerda, situada por Avieno (*Ora Mar.*, v. 475) al norte de Alicante; Ilice, Ilorci, etc., nombres que vienen a coincidir con el límite de los tartesios señalado por Avieno (*Ora Mar.*, v. 460 y sig.) al norte de Alicante.

Si prescindimos de la situación de los tartesios más allá del Estrecho de Gibraltar —que consideramos dudosa— veremos que no se puede llevar a los iberos al oeste de nuestra península. Precisamente, los tartesios están claramente situados a orillas del Mediterráneo en el

4. A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Península Ibérica*, C. S. I. C. Madrid, 1953, págs. 90.

5. A. GARCÍA Y BELLIDO, *La Península Ibérica*, obra citada, pág. 93.

texto del llamado Pseudo Scimno de Chíos 199, quien escribe: «A orillas del Mar Sardo (Mediterráneo) habitan en primer lugar los libifénices colonos cartagineses; después, según dicen, están los tartesios; a su lado están los iberos.» Su descripción, como señalamos en la reciente comunicación que presentamos en Córdoba,⁶ nos lleva hacia los iberos del este indudablemente.

Las confusiones posteriores sobre las llamadas Columnas de Heracles podrían ser el resultado de la identificación del Estrecho de Gibraltar con el «estrecho tartesio» que no es lo mismo. Precisamente, Plinio (III, 4), al recoger fuentes más antiguas, habla de la poca profundidad de la «boca del Océano», escribiendo que en el Estrecho los escollos se alinean a manera de blanquecina cinta, por ello muchos llamaron a este lugar «limen interni maris». Lo que se ha supuesto «límite» del Mediterráneo, debía ser en realidad el límite entre un mar interior — el actual Mar Menor — y lo que los antiguos llamaban Océano o Gran Mar, el Mediterráneo (que todavía hoy llaman Mar Mayor en la zona de Cartagena), separados ambos por el Herma, «taenia», cinta, nombre que conservó durante mucho tiempo lo que hoy llamamos La Manga: Avieno (*Ora Mar.*, v. 323 y sig.) escribe que el Herma (taenia) cierra el «lago» interior por ambos lados. Recordando la topografía de esta zona, podemos explicarnos el «mito» de que Heracles había levantado «terraplenes» (Hesichio, IV, 78) para hacer un camino

sobre el Estrecho, explicado por Diodoro (IV, 18, 2-5) diciendo que «extendió hacia delante por largo espacio ambos promontorios». Estos mitos expresan conocimientos geográficos muy concretos referentes a un océano⁷ que conocían bien.

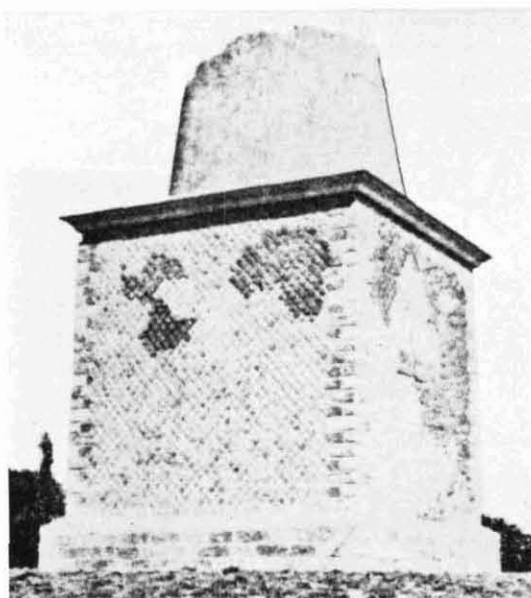


Fig. 2. — La «Torre Ciega», situada al borde de la calzada llamada antiguamente Vía Heraclea, y conocida en el país como «camino de la Hlada».

Si identificamos Iberia con la región ocupada por los iberos, es necesario estudiar lo que representaba el nombre de «Iberia» para los autores antiguos, y así sabremos el espacio que ocupaban los iberos.

Hecateo, al parecer el primero que habló de «Iberia», según Bosch Gimpera,⁸ «reserva el nombre de iberos y de Iberia para las tribus del este de la península a

6. NURIA SUREDA CARRIÓN, *La Turdetania y los iberos*, VIII Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Córdoba, 13-19 octubre 1976.

7. San Isidoro, siguiendo a los hebreos que lo denominan Gran Mar, llama al Mediterráneo «Mare Magnum», o sea Gran Mar, Océano. En la Alta Edad Media, en el siglo IX, en un precepto del rey franco Carlos el Calvo al monasterio de San Emeterio y San Ginés de Amer (al norte de Gerona) se cita en la comarca de Ampurias un lugar llamado Carcel, sito «en la costa junto al gran mar».

8. P. BOSCH GIMPERA, *Problemas de la segunda guerra púnica. Los dos Ebro de Carcopino*, Homenaje a E. Serra Ráfols, Univ. de La Laguna, 1970, pág. 312, nota 9.

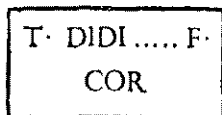
partir de Sicana, o sea de la región del Júcar».

Eratosthenes, en los fragmentos recogidos por Estrabón (I, 4, 5; II, 4, 4; II,

[34]

rante de este Monumento. Por consiguiente aquel precioso vestigio de la antigüedad Romana, que con nombre de *Torre Ciega* destruye mas la ignorancia que el tiempo, no está distante de dicho camino, por ser aquel Monumento la seña del principio. Aun se conserva á trozos la calzada, que los del País llaman *camino de la ilada*, el mismo que viene por la costa al sitio donde estaba á mi entender la Colonia Illici (a), y sube derecho á Aspe.

En un manuscrito antiguo de Don Nicolás Montanaro, cuya copia tengo á la vista, se halla la Inscripción que existía en su tiempo en la *Torre Ciega*, en esta forma



la misma que en compañía de V. copié con tan prolixa exáctitud que empleé toda la tarde. La Inscripción está en el mismo estado en que la vió Montanaro; pero he visto su

co-

(a) En el Molat junto á la desembocadura del Rio Segura.

Fig. 3. — Fragmento de la «Carta» del Conde de Lumiares, dedicada al Obispo de Cartagena.

4, 8) también limitaba el nombre de Iberia al este de la península, y llamaba al oeste «la Céltica»: fue muy criticado por ello, debido a la tendencia que tenían los

autores antiguos de considerar erróneos los datos que no coincidían con los de su época; en vez de estudiarlo desde el punto de vista del autor cuyas noticias recopilaban, que es lo que debían hacer si deseaban comprenderlo. En consecuencia, si deseamos conocer nuestra historia y sus verdaderas raíces, debemos estudiar de nuevo los datos considerados erróneos por los autores clásicos.⁹

Polibio (III, 37, 5) llama Iberia «la parte bañada por Nuestro Mar (Mediterráneo) hasta las Columnas de Heracles», señalando que la parte «que se extiende a lo largo del Mar Exterior o Gran Mar (Atlántico) no tiene denominación especial a causa de haber sido conocida recientemente». Por consiguiente, hasta el siglo II a. de J. C. por lo menos, el nombre de Iberia designó sólo la costa mediterránea de nuestra península. Ha sucedido lo mismo que con el nombre de la Hélade, que en su origen designaba sólo una parte de Tesalia, más tarde se extendió a la Grecia central, al norte del istmo de Corinto, y por último el conjunto de todo el país fue llamado Hélade.

Que el nombre de Iberia designaba primeramente una parte de nuestra península es algo que se observa en fuentes posteriores cuando recogen datos más antiguos. Por ejemplo: Diodoro (IV, 17, 1-2) dice que los bueyes de Gerión se hallaban paciendo «en la región de Iberia»;¹⁰ también indica (XXV, 19) que «Amílcar llegó a conquistar toda la Iberia»; lo mismo vemos cuando escribe (XXV, 12) que Asdrúbal, el yerno de Amílcar, «se apoderó de todas las ciudades de Iberia. Tomó por esposa a una hija de un reyezuelo

9. Véase sobre esta cuestión NURIA SUREDA CARRIÓN, *La Bética en época de Augusto*, Symposium de Ciudades Augústeas, Univ. de Zaragoza, 1976, págs. 45-51.

10. M.^a NIEVES MUÑOZ MARTÍN, *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, Univ. de Granada, 1976, pág. 17.

ibero y fue proclamado por *todos* los iberos general con plenos poderes». Diodoro (V, 37 y XXXIV-XXXV, 33, 1) en algunas ocasiones emplea los términos Hispania e Hispanos, por lo que cabría la posibilidad de que supiera que el nombre de Iberia se refería únicamente a una parte de nuestra península: o por lo menos, si lo ignoraba, supo respetar el término utilizado en las fuentes que recogió.¹¹

Estrabón (III, 4, 19) ya llama Iberia a toda la península; sin embargo, recoge un dato interesante al indicarnos que «otros» llamaban Iberia «sólo al país acá del Ebro», diciendo que «autores más antiguos» llamaban a estos mismos iberos «igletes» atribuyéndoles poco terreno. Esta noticia de Estrabón es importante porque la recoge de Asclepiades, que vivió en la Turdetania, y como vemos situaba a los igletes vecinos de los tartesios junto a un río llamado Ebro.

Avieno (*Ora Mar.*, v. 248-255) al hablar del río Hiberus (Ebro) — que actualmente casi todos los investigadores, menos nosotros, identifican con el Tinto —¹² indica que «muchos sostienen que de él han recibido su nombre los iberos, y no del río que corre por entre los inquietos vas-

cones. Y toda la parte que está situada en la parte occidental de dicho río es llamada Hiberia, en cambio la parte oriental es la que contiene a los tartesios y los cilbicenos».

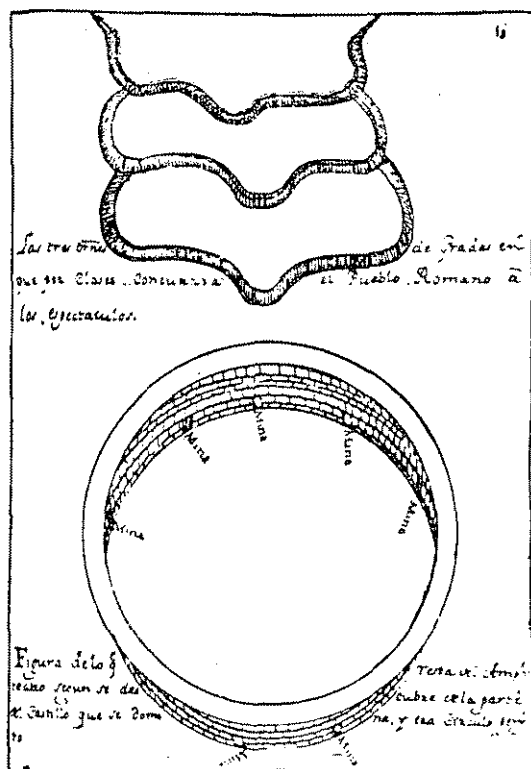
Si prescindimos de la situación de los tartesios que nos proporcionan los investigadores actuales, pues — como dijimos —, la consideramos dudosa — igual que la identificación del río Hiberus de Avieno con el Tinto — veremos que los datos históricos conservan el nombre de Ibero para un río que tampoco puede identificarse con el Ebro actual, y que era el que limitaba antiguamente la «región» llamada Iberia. Por ejemplo, Polibio (III, 37, 5) que, como hemos dicho, llama Iberia sólo la parte «hasta las Columnas», al hablar de Sagunto (III, 17) nos dice que esta ciudad «estaba situada al pie de la sierra que, extendiéndose hasta el mar, une los extremos de Iberia y de Celtiberia». O sea, que la región llamada Iberia termina en Sagunto según el texto de Polibio (III, 17).

Ahora bien, sabemos que la segunda guerra púnica estalla a raíz del ataque de Aníbal a Sagunto. Se ha discutido mucho si la culpa de la guerra recae

11. Diodoro (V, 34) incluye a los lusitanos — ¿los lusones? — entre los iberos, y sin embargo señala que «hacen correrías por la Iberia y, practicando el banditaje, acumulan riquezas»; también al tratar de los metales de plata «del país de los iberos», cuenta la leyenda (Diodoro V, 35) atribuida a los Pirineos, diciendo que estas montañas «se extienden desde el mar del sur hasta casi el océano bajo las osas, separando la Galia y la Iberia e incluso Celtiberia»; por consiguiente, no hace extensivo el nombre de Iberia a toda la Península, igual que Polibio (III, 17) separa Iberia y Celtiberia. Estrabón (II, 5, 27) extiende el nombre de Iberia a toda la Península, pero curiosamente indica que «la parte este está separada por la sierra llamada Pyrene»; en otro lugar (Estrabón III, 1, 3) dice que el Pirineo forma *el lado este* «porque una cordillera extendida de sur a norte separa la Céltica de la Iberia». Como vemos, igual que decía Diodoro, según Estrabón, los Pirineos iban de sur a norte. Este concepto de los clásicos se conservó durante mucho tiempo: los montes se analizan o se sintetizan en conjunto bajo la orientación de los clásicos. Todavía Hermosino supone el Pirineo base de todos los montes de España, desgajándose hacia Aragón «los Idúbedas y de éstos deriva la Oróspeda», que hace a Granada tan áspera y movida. También en el mapa de Pedro de Turre, hecho en Roma en 1480, el Idúbeda se prolongaba por el Oróspeda, siguiendo hasta Sierra Nevada sin solución de continuidad. De este Oróspeda bajaban estribaciones hasta Alicante o, por Lorca, hasta Mazarrón y Águilas. Estos Pirineos «clásicos» amplían las posibilidades de confirmar la leyenda descrita por Diodoro, en zonas mineras.

12. Hemos expresado nuestras dudas en varias comunicaciones, algunas de las cuales están en prensa: 1) bajo el título, *El litoral tartesio en la Ora Marítima de Avieno*, presentada en el Simposio Internacional de Arqueología Submarina, Barcelona 1975; 2) en el Congreso Internacional de Estudios sobre Culturas del Mediterráneo Occidental, Barcelona, sep-oct. 1975, titulada *El mundo de las colonizaciones y Tartessos*; 3) otras dos, bajo los títulos, *El Herma(«taenia») en la Ora Marítima: ¿cinta o escollo?*, y *La cultura argónica: ¿específicamente tartesia?* XIV Congreso Arqueológico, Vitoria, 1975.

sobre los cartagineses o sobre los romanos, debido a la existencia del tratado de Asdrúbal del 226 mencionado por Polibio (III, 27, 9; III, 30, 3) varias veces;



Reproducción de la pág. 18 del informe "Lápidas, inscripciones, y otros monumentos antiquísimos recogidos de orden real de S. M. en la ciudad de Cartagena por D. Ascensio de Morales de su Consejo y su Ministro en la Real Audiencia de Sevilla. Año de 1751. Arch. Hist. Nacional. Secc. de Estado, sign. 733.

DIBUJOS INEDITOS DEL ANFITEATRO ROMANO DE CARTAGENA

Fig. 4. — Dibujos del siglo XVIII que proporcionan información acerca del anfiteatro romano de Cartagena (según Rubio).

tratado en el que se prohíbe a los cartagineses atravesar un río «llamado Ebro», y en cuyo tratado no se menciona a Sa-

gunto. Si este río fuera el Ebro actual, Sagunto quedaba dentro de la zona de influencia cartaginesa (al no ser mencionada especialmente en el tratado) precisamente en el momento en que los saguntinos habían entrado en relación de clientela con los romanos.

El Ebro del tratado no debía ser el actual. Carcopino, seguido por Bosch Gimpera,¹³ desarrolla una interesante hipótesis: suponen que este Ebro sería el Júcar que habría tenido varios nombres: Sicanus, Sucro, Ebro. Esta última denominación sería la utilizada por los propios indígenas: después de estudiar distintas fuentes (Polibio, II, 13, 7 y III, 6, 2) que apoyan su teoría, consideran que «el ataque de Aníbal a Sagunto hace recaer sobre él la responsabilidad de la segunda guerra púnica y no sobre los romanos».

Estamos de acuerdo en que la responsabilidad de la guerra recae sobre los cartagineses; sin embargo algunos datos nos hacen dudar que se trate del Júcar. Todas las citas que aportan ambos autores (que por falta de espacio no comentamos aquí) se pueden aplicar al río Ebrón, que pierde su nombre al unirse con el Guadalaviar o Turia, que está más cerca de Sagunto. Que la toponimia nos haya conservado esta denominación — Ebrón — nos parece una razón de peso que debería ser estudiada por los especialistas. Incluso podríamos tener un dato importante en el topónimo de origen árabe: Guadalaviar (¿Wad-al Iber?). Consultamos esta posibilidad con un ilustre arabista, pero no obtuvimos contestación: presentamos la idea a pesar de

13. P. BOSCH GIMPERA, *Problemas de la segunda guerra púnica...*, obra citada, pág. 304; en dicho trabajo puede observarse que lo que se han llamado «pretextos sofisticados de Roma para dar la culpa a Carthago» (FHA, III, 30) tal vez no lo sean. El propio Polibio afirma que el ataque a Sagunto violaba el tratado del 226, y la cláusula importante era la prohibición de atravesar el Ebro: Sagunto no es mencionada, ya que quedaba al norte de dicho límite.

nuestra ignorancia, porque nos parece más importante para el conocimiento de la historia, el estudio de todas las posibilidades, que nuestro público fracaso en

que nosotros señalamos aquí — a pesar de que ya lo indicamos al presentar nuestra comunicación en Zaragoza, presidiendo la sesión el propio Blázquez — ni

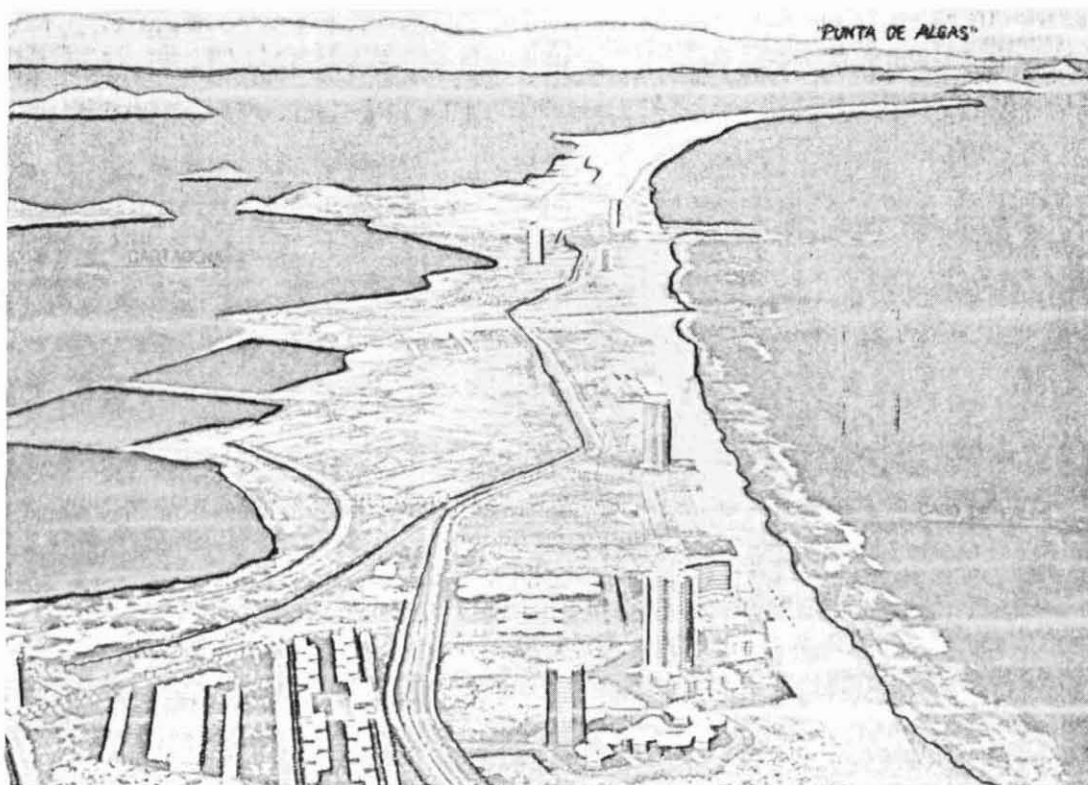


Fig. 5. — Vista aérea de la Manga del Mar Menor: al fondo, Punta de Algas. Se advierten la «cinta» (el Herma de Avieno) «taenia» y los «terraplenes de Hesichio».

caso de que no lo admitan los científicos. Opinión que mantenemos en todos nuestros trabajos, y que explica lo que podría calificarse como «atrevimiento» siendo en realidad interés por conocer la verdad.

El profesor Blázquez,¹⁴ en su reciente trabajo sobre los Bárquidas, supone que Sagunto caía dentro del dominio cartaginés según el tratado del Ebro, asegura que «Polibio comete un error al sostener que Sagunto se encontraba al norte del río Ebro»: no dice nada de la posibilidad

de la teoría de Bosch Gimpera y Carcopino. Sin embargo, señala que L. Homo «ha propuesto algunas hipótesis no convincentes para explicar este error», entre ellas «llamar Ebro a algunos de los ríos de la región valenciana, como el Júcar». Por cierto, que en el mismo trabajo, el profesor Blázquez repite, una vez más, la injusta crítica que le hacen a Diodoro todos los científicos que sustituyen el término «Iberia» utilizado por Diodoro (XXV, 19), por «Hispania» cuando dice

14. J. M.^{te} BLÁZQUEZ, *Los Bárquidas en España*, en *Historia* 16, año II, n.º 12, abril 1977, pág. 62.

que «Amilcar llegó a conquistar todas las ciudades de Iberia», suponiendo tal frase «evidentemente exagerada», por aplicarla ellos, personalmente, a toda Hispania, sin tener en cuenta la evolución del término

Es necesario estudiar las posibilidades que identifican al Iber con el Guadalaviar. Da la casualidad de que llevan el mismo nombre árabe — Abiad — el Turia y el Segura (¿otro Iber?), dos ríos con un sis-

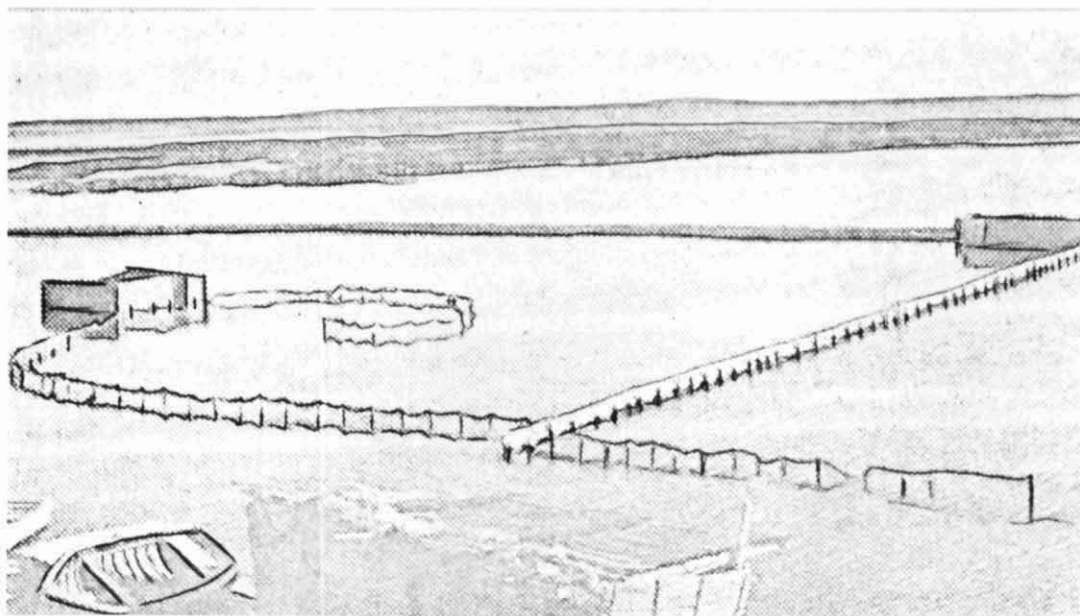


Fig. 6. — El Mar Menor: la Encañizada de la Torre. En el centro, el primitivo e ingenioso sistema de pesca denominado de «caracol».

Iberia y su valor geográfico en cada momento histórico; la importancia de esta evolución geográfico-histórica la señalamos hace muchos años, cuando publicamos nuestros primeros trabajos. No debemos negar la evidencia aunque el descubrimiento de esa realidad remueva nuestros principios o cimientos y nos obligue a prescindir de una serie de ideas preconcebidas.

tema de riegos similar y muy antiguo. Todos sabemos los problemas que planteaba una y otra vez este sistema (ruptura de presas, desviaciones de cauces, etc.) al extenderse las aguas, que, como dice Rafael de Mancha,¹⁵ formaban «lagunas pantanosas» y «prados acuosos» con frecuencia. Podemos imaginarnos los tiempos en que «con más agua en el río y menos intensidad en el cultivo»¹⁶ estas lagunas

15. RAFAEL DE MANCHA, *Memoria sobre los riegos de la Huerta de Murcia*, 1833, págs. 69-82.

16. DÍAZ CASSOU, *Ordenanzas y Costumbres de la Huerta de Murcia*, Madrid, 1889, pág. 114. En Murcia, sólo desde 1621 hasta el momento en que escribía Rafael de Mancha «ha tenido un aumento el riego de la Huerta de unas veinte mil tahullas que antes de reducirse a cultivo no eran otra cosa que armajales, pantanos y saladares». Todo ello, unido a los múltiples intentos para remediar «los males que producían el estancamiento de las aguas», me inducen a creer que en ciertas épocas debió ser bastante corriente la formación de amplias lagunas o «estuarios». Cuando habla Estrabón (III, 2, 4) de la exportación en Turdetania, «facilitada» por los ríos o «estuarios», debemos recordar que esta última palabra, como dijimos hace muchos años, puede aplicarse al interior del país: se llamaron así las lagunas formadas por los afluentes de los grandes ríos en su desembocadura, y cualquier terreno bajo o lagunoso, o una laguna en forma de canal.

serían mayores. Por consiguiente, podríamos tener otro dato en «el lago del Ebro».¹⁷ Se cita esta laguna en un curioso texto de Posidonio, que nos ha conservado Estrabón (III, 5, 9), sobre el Iber — el Tinto en opinión de Schulten (*FHA*, VI, 297) — que dice así: «Según él este río sube algunas veces sin lluvia y sin nieve, cuando los vientos del norte son fuertes, y que la causa de esto es la laguna que el río atraviesa, siendo arrastrada el agua de la laguna por los vientos». Precisamente, Tofiño¹⁸ en su *Derrotero* señala que al principio del golfo de Valencia, en el cabo de San Antonio, «es común» en este cabo variar los vientos, pues se experimenta «diariamente» que las embarcaciones que «vienen de poniente con vientos de aquella parte, al llegar aquí les da el norte o nordeste». Da la casualidad de que sople habitualmente el viento del norte en la zona de un río (¿Iber = Guadalaviar o Turia?) donde hay todavía terrenos pantanosos.¹⁹ El estudio de la paleogeografía de esta zona es una

labor necesaria y urgente para el conocimiento de la historia. También un texto de Plinio (III, 20) señala la existencia de «una amena laguna que penetraba hasta los celtíberos» — ¿hasta Sagunto? — en la zona valenciana: lo que fue considerado por García y Bellido²⁰ «una evidente exageración». En cambio, Bosch Gimpera pensó que la Albufera sería mucho mayor en la Antigüedad, nos escribió aludiendo a este tema.

El Turia llevó el nombre de «Wadi-al-Abyad», denominación que coincide con la del Segura «Nhar el Abiad» o «río Blanco» según Merino:²¹ tal calificación no parece apropiada ni para el Turia ni para el Segura. En el Diccionario de Corominas vemos en *albo* = blanco, un derivado «albina = laguna de agua de mar» (Nebrija); que el nombre de ambos ríos tuviera relación con «laguna» tendría más sentido.²² Sin embargo, tal vez sería lo más lógico buscar el origen del nombre de ambos ríos en un antiguo Iber, si recordamos lo que escribe Menéndez Pidal:²³

17. Según García y Bellido «el lago del Ebro es una fantasía o una interpretación de un fenómeno mal observado», véase en *España y los españoles hace dos mil años*, col. Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1945, pág. 225, nota 336.

18. VICENTE TOFIÑO, *Derrotero de las costas de España*, Madrid, 1847, pág. 112.

19. CAVANILLES, *Geografía del Reyno de Valencia*, vol. I, Madrid, 1795-1797, pág. 11, habla de los «dilataados marjales» de Almenara «siempre cenagosos e inundados», escribiendo que el Puig «por el oriente tiene marjales y pantanos. La abundancia de las aguas, lo profundo del suelo y el hallarse éste anegado muchas veces, sugirió la idea de cultivar arroces»; añade que «el Puig tiene su término legua y media desde el mar hasta el de Náquera». Debería estudiarse este topónimo. Náquera ¿sería la «palus» Naccararum de Avieno (*Ora Mar.*, v. 492), esa laguna citada más allá del Turia?

20. A. GARCÍA Y BELLIDO, *La España del siglo primero de nuestra Era según P. Mela y C. Plinius*, Espasa Calpe, Madrid, 1947, pág. 232, nota 90.

21. A. MERINO ÁLVAREZ, *Geografía Histórica de Murcia*, Madrid, 1915, pág. 26.

22. También en el Diccionario de Corominas, en *Albaida*, hallamos una palabra que nos recuerda tantas fuentes antiguas que citan la «marea» producida por los vientos, se trata de «alfaire» = «crecida de las aguas del río empujadas por la marea», palabra muy semejante a «alfait», que significa «la crecida», en Murcia — como señala Torres Fontes (*Repartimiento de la Huerta y Campo de Murcia en el siglo XIII*, Murcia, 1971, pág. 37) — «se denominan así acequias que crecen o aumentan su caudal en épocas determinadas del año». El término «marea» tuvo un sentido muy distinto del que le damos actualmente; al parecer, por extensión, se aplica al «viento que sopla en las cuencas de los ríos y de los barrancos». Filóstrato (V, 6) dice que «la marea entra en el río Betis, empujada por los vientos del mar» (*FHA*, VIII, 326). Cuando trata de la exportación en Turdetania, aunque el mismo Estrabón (III, 2, 4 y sig.) utilice la palabra «crecida aplicándola únicamente a la «marea» marítima, podemos observar que es necesario extenderlo a las inundaciones y crecidas de los ríos cuando escribe: «En cierto modo la crecida hace navegable todo el país y cómodo para la exportación y la importación de mercancías». Exportación que se realiza por esos estuarios «parecidos a cauces de río o barrancos medianos»: es curioso que el vocablo «estuario» viene de «aestus», la marea.

23. R. MENÉNDEZ PIDAL, *H.^a de España*, vol. IV, pág. 47-48.

«Desde el siglo VIII o IX hasta el XV la lengua árabe no fue nunca la única hablada en Al-Andalus, pues muchos elementos de su población hablaban dialectos romances impregnados de ibérico y de árabe, pero derivados sobre todo del latín.»

Los antiguos nos describieron la realidad de nuestro país, según sus conocimientos adquiridos muchas veces a través de textos que no sabían asimilar adecuadamente. Urge una revisión crítica analizando cuidadosamente los términos uti-

lizados. Tenemos la esperanza de que en este Simposio la interpretación de las fuentes sea profundizada y renovada, permitiéndonos conocer mejor lo que representaba el mundo ibérico: nos ha dejado unas huellas arqueológicas tan ricas, que el substrato cultural habría alcanzado ya un nivel elevado a juzgar por la gran receptividad ante los estímulos exteriores. Tal revisión posiblemente nos haga ver como substrato del mundo ibérico la famosa cultura tartesia.²⁴

24. Si algún día se estudia esta posibilidad, habría que reconsiderar la opinión de Bosch Gimpera sobre la cronología de la cerámica ibérica, tipo Archena: opinión que mantuvo hasta el final de su vida.